



Apunte 1 / 2021

15 Enero 2021

El Potomac no es el Rubicón

Dr. Pedro Francisco Ramos Josa

Desde finales de diciembre del pasado año, los seguidores más fieles y radicales de Donald Trump instaban a su todavía Presidente a cruzar el Rubicón y seguir el consejo de su amigo y ex consejero de seguridad nacional, Michael Flynn, de declarar la ley marcial para impedir la elección de Joe Biden por el Colegio Electoral. Con hashtags como #CrossTheRubicon, le aseguraban que recorrerían toda vía para frenar el golpe contra Trump, impidiendo así el final de la República estadounidense.

Pero para su desgracia, la democracia estadounidense no está en fase terminal como la República romana a finales del siglo I antes de Cristo, ni Donald Trump es Julio César, por eso mismo el asalto al Capitolio protagonizado por sus seguidores acabó más en esperpento que en golpe de Estado, en un drama que ha costado cinco muertes, más de una decena de agentes heridos y medio centenar de detenidos. De todos modos, las consecuencias de una afrenta tan temeraria como disparatada nos son aún desconocidas, si bien gracias al pasado podemos arrojar luz a cuanto sucedió el 6 de diciembre en Washington y anticipar lo que pueda ocurrir a partir de ahora. Con ese objetivo, tres fechas destacan en la historia de Estados Unidos, 1800, 1824 y 1912.

Lecciones de la historia

Como las recientes elecciones, las de 1800 no solo fueron muy disputadas, sino que también enfrentaron a dos visiones completamente contrapuestas sobre cómo debía ser Estados Unidos. Thomas Jefferson las calificó como “la segunda revolución americana” puesto que por primera vez hubo un traspaso real de poderes entre dos opciones contrapuestas. En las anteriores elecciones de 1796 John Adams había obtenido una nueva victoria para los Federalistas, que se habían impuesto en las dos elecciones anteriores bajo el mando de George Washington. Pero en 1800, Federalistas y Republicanos acudieron con unos candidatos propios y unos programas bien diferenciados, lo que las convirtió en una lucha electoral más moderna.

Federalistas y Republicanos diferían principalmente en tres asuntos clave, en primer lugar el económico, pues mientras los Federalistas abogaban por un sistema basado en un Banco Central que creara un sistema de deuda nacional, los Republicanos lo rechazaban de plano a favor de una economía basada en el trabajo y la producción individuales, especialmente del pequeño granjero. En segundo lugar, nos encontramos con una cuestión internacional que marcó la política doméstica estadounidense durante toda la década de 1790, qué postura adoptar ante la Revolución Francesa. Si los Federalistas eran partidarios de acercarse a Londres para contrarrestar los excesos revolucionarios, para los Republicanos era imperativo apoyar a París como expresión de hermandad revolucionaria. Por último, e íntimamente relacionado con ambos aspectos, Federalistas y Republicanos traducían dos proyectos políticos diagonalmente opuestos, más aristocrático y conservador el primero, más populista y democrático el segundo.

La victoria final de Jefferson cambió el panorama político estadounidense, reforzando los componentes liberal y democrático del sistema ideado por los Padres Fundadores en claro detrimento del conservador. Pero el predominio Republicano no dudaría mucho, pues tras las elecciones de 1824 un nuevo partido, el Demócrata, transformaría de nuevo la escena política de la nación.

Efectivamente, 1824 fue un año tan importante como lo había sido 1800 para la evolución de la democracia estadounidense. Si 1800 marcó el inicio del dominio Republicano sobre los Federalistas, 1824 significó su final. En dichas elecciones todos los candidatos se presentaron por las filas Republicanas, pero el Presidente electo final no fue el ganador del voto popular, que había sido Andrew Jackson, sino John Quincy Adams (hijo de John Adams), al no lograr el primero la mayoría en el Colegio Electoral y conseguir el segundo la mayoría final en el Congreso. Su derrota confirmaba la visión negativa que Jackson tenía sobre la élite política de Washington, y le impulsó a fundar su propio partido, el Demócrata, con el que se presentó y ganó las elecciones de 1828, convirtiéndose en el primer Presidente de la nación que había nacido en el Oeste.

Gran parte del atractivo de Jackson se basaba en que no parecía ni se comportaba como un político, mientras sus partidarios apoyaban sus rudos modales y su identificación con la dureza de la frontera. Bajo los principios del Gobierno mínimo, la expansión militar agresiva hacia el Oeste, la supremacía blanca y el derecho de cada comunidad a mantener sus costumbres, Jackson añadió además la dimensión de clase a la ecuación política estadounidense al apoyar la profundización de su democratización con la ampliación del sufragio masculino blanco. Gracias a tales medidas, Jackson extendió su base electoral a todos aquellos disconformes con el uniformismo procedente de la Costa Este, recelosos de unas élites en las que no confiaban al considerar a los partidos políticos como meros cárteles de poderosos intereses, tan ajenos a las necesidades de los individuos ordinarios. En todo caso, el jacksonismo tenía una cara oscura que condujo, de la mano del expansionismo y del racismo, a la Guerra Civil de 1860-1864, que en el plano político significó el ostracismo Demócrata y el surgimiento y dominio del moderno Partido Republicano de Abraham Lincoln.

Un dominio que precisamente se rompió en 1912, cuando de nuevo una escisión política, esta vez en el seno Republicano, anticipó lo que sería el protagonismo Demócrata tras el crack bursátil de 1929. En las elecciones de 1912 concurren tres candidatos principales, William H. Taft como Presidente saliente por el Partido Republicano, Woodrow Wilson como aspirante Demócrata y el Expresidente Theodore Roosevelt por la candidatura Progresivista. Roosevelt, como Vicepresidente, había sucedido en 1901 a William McKinley tras su asesinato por un terrorista anarquista, pero en 1908 renunció a una reelección a la que tenía derecho en favor de su delfín político Taft. Tras ver cómo su sucesor en la Casa Blanca traicionaba su legado, Roosevelt intentó desbancarle en las primarias Republicanas, pero fracasó al retener Taft el control interno del partido. Lejos de renunciar y apartarse de la política, Roosevelt decidió comandar su propia plataforma política presentándose como candidato del Partido Progresivista.

La división del voto Republicano fue un mazazo para el Presidente saliente, pues Taft solo logró 8 votos del Colegio Electoral, por los 88 de Roosevelt, ambos muy alejados del Demócrata Wilson que, continuando con el programa progresivista, obtuvo una cómoda victoria sobre sus rivales con 435 votos del Colegio Electoral. Aunque Roosevelt no logró su objetivo de convertirse de nuevo en Presidente, fue el último candidato fuera de los dos grandes partidos en quedar segundo en unas elecciones.

En las siguientes contiendas por la Presidencia, fuera de Demócratas y Republicanos, solo George Wallace conseguiría votos del Colegio Electoral, cuando en 1968, en medio de clima de crispación nacional muy parecido al actual, logró nada menos que 46 votos del antiguo Sur Demócrata bajo su Partido Independiente, con casi diez millones de votos. Más recientemente, Ross Perot consiguió el apoyo de casi 20 millones de votantes, pero fue incapaz de obtener ni un solo voto en el Colegio Electoral, aunque su participación también

fue decisiva en el resultado final, perjudicando al Presidente saliente, el Republicano George H. Bush, frente a su rival Demócrata Bill Clinton.

Escenarios futuros

Teniendo en cuenta los precedentes señalados, podemos entender mejor las prisas Demócratas, apoyadas discretamente por algunos Republicanos, por juzgar políticamente a Trump a través de un nuevo *impeachment*. La clave del juicio político radica en que se podría inhabilitar para cargo público al aun Presidente de Estados Unidos, si bien algunos expertos indican la necesidad de que el proceso se inicie antes de que tenga lugar la toma de posesión del nuevo Presidente, el próximo 20 de enero. En todo caso, un objetivo paralelo de los Demócratas con esta votación es obligar a que los Republicanos se retraten públicamente y de paso ahondar en las fracturas internas del partido rival, con Mitt Romney en el Senado y Liz Cheney en la Cámara apoyando el nuevo juicio político a Trump, que finalmente cosechó el voto favorable de 10 Representantes Republicanos.

Como señala la propuesta de *impeachment* presentada por los Demócratas, con su actitud desde el fin de las elecciones, y especialmente durante los momentos previos al asalto al Capitolio, en los que cayó en altos crímenes y delitos contra el Gobierno de Estados Unidos, primero poniendo en cuestión los resultados de las pasadas elecciones y a continuación animando a sus partidarios a luchar por todos los medios contra el supuesto fraude electoral, Trump habría amenazado el sistema democrático estadounidense, demostrando que seguirá siendo una amenaza para la seguridad nacional, la democracia y la Constitución, actuando de una manera totalmente contraria al autogobierno y al imperio de la ley.

Para los Demócratas, lo malo de juzgar a Trump al comienzo de la Presidencia de Joe Biden es que puede ensombrecer su mandato al ofrecerle un altavoz desde el cual seguir lanzando arengas a sus partidarios, por no hablar de que el proceso puede ralentizar la labor legislativa de la legislatura, de ahí que el propio Biden haya propuesto dividir las sesiones en dos partes, las mañanas dedicadas al proceso y las tardes a la actividad propiamente legislativa. De no prosperar el *impeachment*, ya que sería necesaria su aprobación por dos tercios del Senado, algo improbable dada la paridad entre ambos partidos en la Cámara alta, lo más probable es que Trump se enfrente a varias demandas del Departamento de Justicia o de algún estado de la Unión.

En todo caso, cualquiera que sea el resultado definitivo del *impeachment* o de futuros juicios contra el Expresidente, Trump presionará por continuar liderando al GOP, ya sea personalmente o a través de un candidato de su gusto. Si no lo lograra, por haber sido inhabilitado o por imponer el partido un candidato ajeno a su círculo, es altamente probable que Trump lance su propia iniciativa política bajo un nuevo partido. Una posibilidad que dividiría a los Republicanos y beneficiaría en principio a los Demócratas. En el improbable

caso de que Trump se retirase de la política y nadie más continuase el impulso político de Make America Great Again, seguramente sus seguidores retirarían su voto en masa del Partido Republicano, lo que de nuevo beneficiaría a los Demócratas. Solo un Partido Demócrata excesivamente escorado a su izquierda podría dar alivio a los Republicanos, pero solo si estos son capaces de atraer al voto moderado con una propuesta alejada del trumpismo. Por tanto, con o sin él, Trump seguirá suponiendo todo un reto para los Republicanos.

Además de las repercusiones políticas del trumpismo no podemos olvidarnos de las sociales. Al continuar con su particular cruzada política, Trump alimentará el descontento de sus seguidores hacia un sistema y una clase políticos que consideran manipulados o corruptos, exacerbando así las graves tensiones existentes en la sociedad estadounidense. Además, como el asalto al Capitolio demuestra, también se pueden dar esporádicos actos de violencia que acaben con más víctimas mortales, un extremo que altamente probable en medio de uno o varios procesos políticos y jurídicos contra su persona. Como han denunciado varios Congresistas Republicanos contrarios tanto al impeachment como a la actitud de Donald Trump tras las elecciones, el proceso político que se iniciará en el Senado, lejos de curar las heridas internas de la nación, solo alimentará el resentimiento mutuo, dificultando una convivencia social que ya hoy se encuentra muy dañada.

Como ya sucediera en la historia de Estados Unidos, las divisiones políticas pueden conducir a violentos enfrentamientos sociales, y en estos momentos, con internet funcionando como amplificador de las paranoias más extremas, cualquier teoría conspirativa, por absurda que parezca, puede iniciar una crisis nacional, máxime cuando las ideas más estrambóticas se metastatizan en cultos basados en algún tipo arcano de fervor religioso, tal y como denuncia el representante Republicano por Virginia Denver Riggelman.

Puede que el pasado 6 de enero presenciásemos el cénit del populismo liderado por Trump, o que tan solo asistiésemos a su bautismo de fuego, el tiempo dirá. Lo que sí es cierto es que Estados Unidos ha vivido momentos similares en el pasado y que su sistema democrático ha podido superar las tormentas políticas desatadas por sus extremos. Por el bien de Occidente, esperemos que continúe lográndolo, y que el segundo impeachment no se convierta en un boomerang contra la democracia que intenta defender, al alimentar la demagogia sectaria y populista en ambos bandos políticos.

La democracia es un sistema de control del poder muy frágil, requiere de numerosos equilibrios y si cualquiera de ellos se malogra, el conjunto se resiente. El asalto al Capitolio nos debe recordar a todos que nada puede darse por sentado y lo fácil que resulta perder nuestras libertades. En España lo tenemos muy presente, y no solo gracias a Cataluña. Sin un liderazgo responsable y una ciudadanía siempre alerta ante los posibles abusos de poder la democracia no sobrevivirá, ni en Estados Unidos ni en ningún otro lugar.

Pedro Francisco Ramos Josa, Licenciado en Ciencias Políticas (UNED), Doctor en Paz y Seguridad Internacional (IUGM) y forma parte del equipo de investigadores del Centro de Seguridad Internacional del Instituto de Política Internacional (Universidad Francisco de Vitoria)